

Recuerdos, impresiones, vivencias de don Jesús Arellano

José Delgado Chaves. Sevilla

En 1953, después de cursar el bachillerato en los Escolapios de Sevilla y superada la famosa Reválida, mi padre y yo llegamos a la Estación de Córdoba con el objetivo de buscar una Residencia Universitaria para cursar la carrera de Medicina. Recuerdo que mi padre en la esquina de las calles Canalejas y Marqués de Paradas le preguntó a un guardia municipal la dirección para ir a la R.U.S. que en principio era donde pensaba internarme. Cuando el guardia intentó explicarle el itinerario a seguir y viendo que no le era fácil, cortó y le dijo: *“Aquí tiene una más cerca, la Residencia Guadaira, en Canalejas nº 8”*.

Entramos en la Residencia y mi padre preguntó por el Director. Unos minutos después apareció don Jesús. No recuerdo que impresión me causó en ese primer encuentro. Me dejaron al pie de la escalera y entraron en el Salón Rojo, pasaron unos treinta minutos y salieron. Don Jesús me preguntó *“¿Qué quieres estudiar?”* “Medicina”, contesté. “Muy bien”, dijo. Mi padre me confirmó: *“Te quedas aquí. Este señor me ha gustado y convencido”*.

En el segundo día de estancia en la Residencia estaba en la puerta de acceso al patio, llegó don Jesús con un residente nuevo y me dijo: *“Pepe, este es Gonzalo Alemany, enséñale el Oratorio y sube después con él a los dormitorios”*. Seis meses después, Gonzalo era nombrado Secretario de la Residencia, compaginando los estudios de Derecho. Más tarde se ordenó sacerdote, desempeñó el puesto de Rector de la Iglesia del Señor San José y fue amigo y Director espiritual de mi familia, pudiendo disfrutar de su amistad hasta su muerte (d.e.p.).

Esos primeros meses eran para mí como un inesperado y maravilloso viaje hacia la vida universitaria posterior. Don Jesús crecía en mi vida; a pesar de no

tener tiempo, siempre disponía de algunos “minutos basura”, como él los llamaba, para interesarse y preguntar cuando algún problema aparecía.

Las tertulias se transformaban en el postre exquisito y deseado de todos los días. Siempre eran actuales y profundas, algunas se convertían en conferencias magistrales. Recuerdo varias sensacionales: la que empezó diciendo: “Dios existe...” Jamás he dudado desde ese día. Otra inmensa sobre el Amor, y aquella vibrante y apasionada, cuando la Rusia soviética, aplastó brutalmente las aspiraciones de libertad de Hungría. De ella aún resuenan en mis oídos aquellas contundentes frases: “*Los pecados sociales se pagan en este mundo; Occidente por su cobardía los pagará*”. Y no se equivocó.

Cuando el gran Decano de Guadaira Diego Domínguez Gómez-Plana concluyó su carrera, don Jesús llamó a Paco Romero para sustituirlo. Paco se marchó pronto, y sorpresa, sorpresa, me llamó a su despacho y me dijo “*Tú eres el nuevo decano*”. Ni puedo expresar lo que sentí; yo no me consideraba el más indicado. Varias veces le pregunté por qué me nombró. Nunca me lo aclaró, siempre me decía: “*Ya lo sabrás más adelante*”. Muchos años después en el nuevo Guadaira, se lo volví a preguntar y sonriéndome como siempre: “*Mira no seas más pesado, no me equivoqué*”, me dijo. Me quedé sin saberlo y no le pregunté nunca más.

Mi condición de Decano propició una relación más estrecha con él. Recuerdo una tarde después de la tertulia que comentábamos algo sobre Felipe García Quirós y Sánchez Rubio, subí con don Jesús a su despacho, me dijo que esperase, desapareció unos minutos, se echó su “siesta psicológica” como él la llamaba: decía guasonamente que se ponía el pijama, se metía en la cama por un lado y sin más se levantaba por el otro: “siesta-psicológica”... Don Jesús tenía un gran cariño por Felipe, que había llegado a la Residencia de la mano del profesor García Díaz, por deseo del tío Ángel Felipe, era un tío inmenso, yo lo quería, lo quise y lo querré como un hermano (d.e.p.).

Imposible hablar de tantos y tantos como pasaron por la Residencia, sólo unas líneas para mis colegas de medicina:

Manolo Surina Moll trabajaba con los americanos en Libia como psiquiatra, tuvo como cliente al coronel Gadafi y, cuando éste dio el golpe que le llevó al poder, Manolo pidió traslado urgente y se marchó a Alaska. No he tenido más noticias de él.

Carlos Mesa Pedrero, mi compañero de cuarto, lo quise tanto como pude (d.e.p.). Francisco Lirola López, inmenso pediatra en Jerez, sé que nos queremos como siempre, y junto con Felipe formamos un trío íntimo, reuniéndonos muchas veces por Navidades en la finca “La Moncloa” que Felipe tenía en Mora de Toledo.

Se casó mi hija Lola el 19 de Marzo de 1999. Fui a ver a don Jesús para invitarle a la boda, sabía que no se prodigaba en estos eventos, por eso empecé diciéndole: “*No es la primera boda de mis hijos, ya se ha casado mi hijo Pepe y no le molesté, esta vez se trata de mi hija primogénita y no quiero que se celebre sin usted.*” “*Vale, ¿donde y a qué hora se casa?*” Le informé con detalle. En la Iglesia de la Anunciación de la calle Laraña se celebró la ceremonia, la ofició don Ernesto Juliá, ese sacerdote que tenemos la suerte de tener como amigo, y algo más, toda la familia; nunca podré pagar su generosidad y paciencia; yo le llamo el cura “pirámide”, tiene infinitamente más por dentro que por fuera. Don Jesús apareció en los primeros bancos, asistió a la ceremonia. Cuando terminó ésta, tanto don Ernesto como yo quisimos saludarle: había desaparecido. Más tarde me aclaró que cumplió con lo que le había pedido: cosas de don Jesús...

En aquellos años 50 pasaron importantes personajes por Guadaira: Don Vicente Rodríguez Casado, colega de don Jesús, hombre volcánico, sonrisa permanente, inmenso por dentro y por fuera. En los cursos de verano de la Universidad de La Rábida hacía demostración práctica del principio de Arquímedes, “era insubmersible” y se permitía dar ahogadillas a todo el que se le acercaba, a pesar de no saber nadar. Increíblemente era muy bueno jugando al frontón en el patio de la Residencia.

Don Javier de Pedro llegó para descargar a don Jesús de muchas de las tareas de la Residencia. Lo recuerdo como el hombre “contraste”, un chicarrón del norte con 1,60 m de estatura, enorme en todo lo demás; su permanente sonrisa le permitía entrar rápidamente en el otro, su gran carácter lo envolvía en exquisita ternura, creo que estaba diseñado genéticamente para ser santo, estoy seguro que allá en su Oriente lo conseguirá. Un abrazo, don Javier.

Don Jesús era capaz de duplicar el tiempo, aprovechaba cada segundo del día, aparte de su labor en la Universidad y los diferentes foros en los que intervenía, no pasaba ningún acontecimiento de cualquiera de los residentes, sin enterarse. Muchas veces me preguntaba: “¿Qué le pasa a fulano?” Mis respuestas iban desde que le han suspendido una asignatura hasta que no ha recibido carta de la novia o que no le ha llegado el giro... Si no estaba claro, él actuaba personalmente, no imponía criterios, lograba por la vía del conocimiento la mejor solución.

Mi hermano Victoriano —siempre le he llamado “Víctor”— era un pelín gamberrete en esa época y junto con otro residente le pintaron unos bigotes en el cristal del marco donde tenía Felipe la foto de Nena, su guapísima novia. Cuando Felipe lo vio montó en cólera y si hubiese averiguado quienes habían sido, los mata. Don Jesús encomendó a Gonzalo Alemany que solucionara el caso y así lo hizo. Mi hermano es un regalo, me siento orgulloso de él.

Cuando el sábado 17 de enero del 2009 Antonio Alfonso Fernández, ese gestor de lo bueno, insustituible, me llamó y me dijo: “Pepe, ha muerto el Profe don Jesús, está en Reina Mercedes”, sentí la misma sensación que a la muerte de mi padre. Me fui a Reina Mercedes para verle y despedirme de él. Me coloqué en la pared izquierda de la habitación donde yacía. No sé el tiempo que estuve allí. Lo miraba y no sé si tenía mis ojos abiertos. Lo veía y lo sentía vivo.

Pasaban por mi cabeza como en una película rápida, infinidad de situaciones de otros tiempos. Lo veía en el nuevo Guadaira, rodeado de antiguos residentes, entre otros, mi actual compadre Paco Rabadán, Federico Romero, etc., pre-

guntándonos cuántos hijos teníamos, y cuando le contestamos que salíamos a una media de más de seis, aparecía en su cara una sonrisa de abuelo feliz, y añadía: “*Bien, bien...*”

Lo veía observando y consintiendo aquellos salvajes partidos de globos en el hall de la Residencia. Y lo recordaba una tarde preguntándome “¿*Quién es ése?*”; le contesté que un compañero de curso, con el que la semana pasada había discutido en la Facultad, porque él decía que aquí en la Residencia se captaba gente para el *Opus*, impresionando con luces que se apagaban y se encendían hasta conseguirlo. En aquellos años 50 eran frecuentes estas ingenuas habladurías; yo le invité a que viniese a comprobarlo, aceptó, y cuando después de unos minutos en el Oratorio, comprobó el encendido y apagado de luces, me agradeció por aclarárselo, y se fue. Don Jesús al comentárselo me felicitó y me animó a seguir.

En una ocasión, le dije por qué no le había pedido que viniese a mi casa a comer, a pesar de la insistencia de ese “corazón con patas”, que es mi mujer, Lola Rufino: porque él me había enseñado a no abusar, con lo que indirectamente le estaba echando la culpa a él mismo.

Tales recuerdos me sobrevinieron aquella dolorosa tarde ante él inerte. Poco a poco una sensación de angustia empezó a invadirme y unas lágrimas asomaron a mis ojos, me acerqué a él y le di un beso en la frente. Salí a la calle, tardé mucho tiempo en serenarme. No lo consideré nunca como un amigo, lo sentí como un padre.